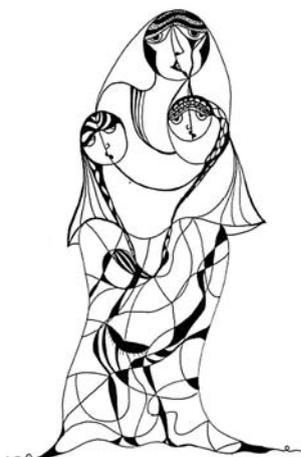


Dos ejemplos recientes: *La pasajera* de Alonso Cueto
y *Un cuy entre alemanes* de Walter Lingán

Reconstrucción e identidad en la narrativa peruana de dentro y de fuera



Roland Forgues
roland.forgues@orange.fr
Universidad de Grenoble
Universidad de Pau

Lingán: Un cuy entre alemanes (A guinea pig among Germans). Structured as heads or tails of a single problem, the study deals with the defense of life and the problematic of identity in a globalized world where violence and individual and collective marginality coexist. In Cueto's novel the ambivalence of the human condition predominates through the victim-victimizer relationship, as well as the reversibility of good and evil in the narrative space. In Lingán's novel, man-allegory of neoliberalism-is more alienated than the "cuy" (guinea pig)-allegory of America that, being underdeveloped, resists dying.

Resumen

El artículo se refiere a la violencia y a sus consecuencias en dos novelas de escritores peruanos: uno, residente en el país (Alonso Cueto: *La Pasajera*); y el otro residente en Alemania (Walter Lingán: *Un cuy entre alemanes*). Estructurado como cara y sello de un solo problema, el estudio toca la defensa de la vida y la problemática de la identidad en un mundo globalizado en donde conviven la violencia y la marginalidad individual y colectiva. En Cueto predomina la ambivalencia de la condición humana a través de la relación víctima-victimario, así como la reversibilidad del bien y del mal en el espacio narrativo. En Lingán, el hombre –alegoría del neoliberalismo– resulta más alienado que el “cuy” –alegoría de una América que siendo subdesarrollada se resiste a morir.

Palabras clave: Guerra sucia, mito, utopía, anacronismo, simbolismo, cultura, globalización, migración, identidad.

Abstract

*The article refers to violence and its consequences in two novels by Peruvian writers: one, resident in the country (Alonso Cueto: *La Pasajera*); and the other resident in Germany (Walter*

Keywords: Dirty war, myth, utopia, anachronism, symbolism, culture, globalization, identity.

Desde los años 80 y el levantamiento en armas de Sendero Luminosa y del Movimiento Revolucionario Túpac Amaru y la feroz represión ejercida por las fuerzas armadas, el Perú ha vivido una era de violencias sin precedentes en la larga trayectoria de rebeliones, resistencias, atropellos y muertes que ha conocido su historia.

La creación artística y literaria, especialmente el género narrativo, ha sido una de las banderas más contundentes en la revelación de los hechos y en la conservación de la memoria viva de las víctimas directas o colaterales de estos trágicos sucesos que han afectado al Perú durante ese período conocido como “guerra sucia” entre el terrorismo de los movimientos armados y el implacable contraterrorismo del Estado y de las fuerzas armadas.



Un período que no termina de tener en la actualidad consecuencias y repercusiones imprevisibles, notables o veladas, en la vida, mentalidad y actitud de los peruanos tanto individual como colectivamente, cultural como éticamente.

Así han surgido naturalmente en la narrativa reciente producida dentro y fuera del país, como es el caso de *La pasajera* de Alonso Cueto y de *Un cuy entre alemanes* de Walter Lingán, temas como los de la reconstrucción de las víctimas directas o colaterales en su dimensión individual y colectiva, y la formación de nuevas identidades.

Las novelas de Alonso Cueto y de Walter Lingán son, de alguna manera, el resultado de una realidad histórica interiorizada por dos narradores que han presenciado y sufrido los acontecimientos desde dentro y desde fuera en condiciones ciertamente muy distintas, no solo por la edad que los separa, sino por las circunstancias de la experiencia de lo observado. Por lo cual ambos escritores tratan esa realidad con una simbología y herramientas narrativas distintas, pero no por ello menos eficaces en el campo de la revelación, de la denuncia y del cuestionamiento. Ambas novelas vienen a completar una larga serie de relatos que versan precisamente sobre el tema de la violencia y sus consecuencias.

1. *La Pasajera*: defensa de la Vida

Con *La pasajera*, Alonso Cueto sigue indagando en lo que podríamos llamar sus “demonios personales”, especialmente en lo femenino al estilo de Flaubert en *Madame Bovary*, pero no para pintar las debilidades de la mujer, sino para subrayar su fuerza de carácter, como ya apunté en el tomo 1 de mi libro *Palabra Viva: Hablan los narradores* (Forgues, 2011: 471-481), abordando nuevamente el fenómeno de la violencia política y social con sus implicaciones psicológicas, tanto en la mente de aquellos que la fomentan como en la de aquellos que la sufren con su cortejo de desgastes y sufrimientos, de esperanzas y frustraciones.

En grados diversos, víctimas y victimarios se ven condenados en la novela de Cueto a sufrir una violencia que los sobrepasa, como si de algún modo sus acciones se vieran determinadas por un destino impredecible e implacable, llámese “condicionamiento social y cultural”, “azar”, “Dios” o “Providencia” y están metidos en un proceso de redención, hábilmente sugerido por el escritor en el desenlace de la novela.

Desde las primeras líneas de la narración que se abre con el despertar de Arturo Olea, excapitán del

Ejército en la zona de emergencia de Ayacucho, ahora convertido en chofer de taxi en la caótica Lima de los años 90, tras la captura de Abimael Guzmán, el guía supremo de Sendero Luminoso, el narrador precisa que “lo más importante del auto para él era su crucifijo” (2015: 16). Lo cual orienta ya el relato hacia el tema del arrepentimiento y redención.

Delia por su parte, la víctima violada por los soldados del excapitán organizador de la violación colectiva, aparece en su cuarto limeño donde se ha refugiado rodeada de objetos religiosos y en actitud contemplativa al recordar la terrible prueba sufrida en Ayacucho:

Las ventanas estaban negras y algunas luces se organizaban allá, al otro lado. Se oían los ruidos de siempre, pero ella nunca los había escuchado antes. Eran los ruidos del infierno concreto, los ruidos del hombre que entraba a la covacha, la sensación del hombre en ella, los gritos de todos afuera. Se persignó y empezó a rezar en voz baja (Ibíd.: 37).

No podía tirarse por el abismo esa noche... Tenía que regresar a su casa. Vivir. Cuando abrió los ojos de nuevo, vio una luz sobre las ondas de agua. Estaba amaneciendo. Vio la cruz en el morro y de pronto otra cruz se superpuso a esa. Era la cúpula de la capilla de la Alameda, en Huanta, con sus campanas debajo (Ibíd.: 43).

Buena cristiana marcada por los preceptos religiosos, Delia no puede llevar a cabo el acto de suicidarse, cuando lo intenta tras el reencuentro casual en Lima con su torturador, como no lo puede realizar tampoco su torturador roído por la culpa y los remordimientos:

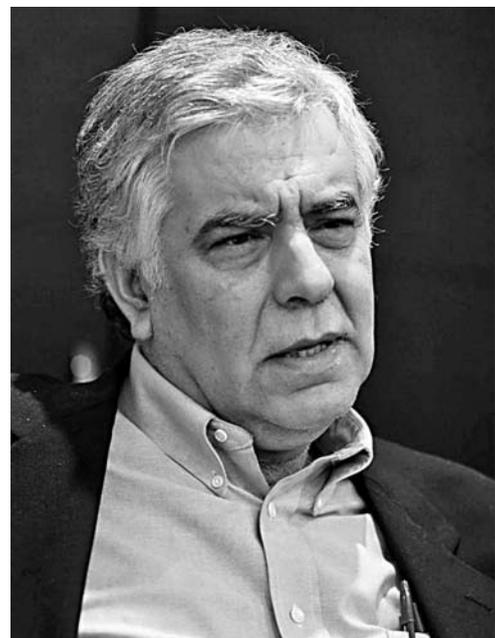


Figura 1. Alonso Cueto.



El relato descansa como ocurre con frecuencia en la narrativa anterior de Cueto, en una trilogía de personajes: Delia y el capitán Arturo Olea en tanto que protagonistas centrales de la tragedia, y un tercer personaje que se desdobra y actúa como protagonista coadyuvante en el proceso de redención del victimario y de la víctima: el coronel en el caso de Arturo, y Enrique en el caso de Delia.

El coronel es el que da la orden de la violación que el capitán, en tanto que soldado, tiene que cumplir a pesar suyo. Pero la cumplirá a medias dejándole la vida a salvo a Delia; lo cual abre el camino a su futura redención con la etapa previa del remordimiento:

Él había dirigido las operaciones ese día, era verdad. No había participado en ellas, pero había hecho más que consentirlas. Las había organizado. Había obedecido al coronel [...] Había esperado que todo terminara. Lo había hecho con un hervor de tristeza y de pena en la garganta. Pero lo había hecho. Luego se había ido unas horas del campamento tratando de huir para siempre de lo que había ocurrido. Al final de todo, el coronel lo había llamado para que le diera un tiro a la prisionera llamada Delia. Pero él se había negado. La había llevado hasta el borde del cerro y la había dejado abandonada en el camino (Ibíd.:45).

Al ser presentado por el narrador como un acto de justicia deseado por el mismo coronel y no como un acto de venganza, el asesinato final del principal responsable de la violación culmina el proceso de redención del protagonista. La muerte del coronel al mismo tiempo le da una dimensión más poderosamente reprobatoria a la denuncia de los funestos atropellos cometidos por el Ejército en las zonas de emergencia durante la “guerra sucia”, sin desesperar no obstante de la condición humana:

El coronel lo observaba. Parecía querer decir algo y Arturo comprendió que en ese instante su jefe empezaba a entenderlo todo: las noches de torturas en Ayacucho, y las colas de violaciones y la vergüenza y sus remordimientos secretos, la deshonra del uniforme y la traición de los juramentos en los que alguna vez él también había creído. El largo sonido de los gritos y la extensión de los rostros a los que él había cubierto con un plástico y que lo perseguían. El coronel lo estaba entendiendo todo en esos ojos tan tranquilos y quizá resignados, que de pronto se aproximaban, y en ese mismo instante parecía aprobar lo que Arturo estaba a punto de hacer. Muy bien capitán. Creo que es lo justo. Era lo que haría un buen soldado después de todo, tratar de hacer alguna justicia con su arma. Los enemigos siempre son inesperados. Yo deshonré el

uniforme. Usted va a hacer lo correcto, capitán. Se lo ordena. Proceda usted (Ibíd.:116-117).

Si bien Cueto mantiene la ambigüedad del acto jugando con la oposición memoria/olvido, conciencia/no conciencia, prestándole al coronel la enfermedad de Alzheimer, estas palabras le quitan al acto su carácter de puro homicidio. Dicho subterfugio técnico permite que no se infrinja el sexto mandamiento de los Evangelios: “No matarás” para que pueda cumplirse definitivamente el proceso de redención.

De la misma manera el proceso de redención de Delia culmina en la escena en que le quita de la sien a Arturo el revólver con el cual amenaza suicidarse, abriéndole el camino del regreso al paraíso perdido de la infancia en Huanta con la etapa previa del renacer a la vida y al amor gracias a la presencia de Enrique.

Fruto de la violación, Viviana, la hija de Delia, redime de alguna manera a los violadores, en su calidad de padres:

Solo le quedaba hacer algo antes de morir. Decirle a Viviana que era hija de lo que había ocurrido ese día y que sin embargo la quería más que a nadie en el mundo. Decírselo. Que ella lo entendiera. Cualquiera de esos soldados miserables podía ser su padre. Lo eran todos. No sabía qué más le iba a decir. (Ibíd.:42)

Notemos de paso que no nombrar concretamente por su nombre el acto de violación, sino a través de una perífrasis (lo que había ocurrido ese día) equivale a conjurarlo.

En cambio a Arturo, el organizador visible, no se le puede atribuir la calidad de padre por no haber violado físicamente a la víctima:

Era la única cara que recordaba de ese día. La de ese hombre. No la de los soldados que habían hecho cola y que la habían violado, riéndose o insultándola. No la de los que la habían amarrado a esa tarima. No la de los que se la habían llevado unas horas antes. No recordaba ninguna de las caras de esos soldados, pero sí la de ese tipo de bigotes y galones que había organizado la cola de ellos afuera (Ibíd.: 35).

Por ello el excapitán puede ser blanco y receptáculo de la ira de la víctima quien encuentra en Viviana, la hija nacida de la violación, la posibilidad de continuar viviendo: “Había escogido ese nombre porque simbolizaba la persistencia de la vida, en medio de la oscuridad” (Ibíd.: 41).



Ambientada en los tiempos de la “guerra sucia”, la novela corta de Cueto, más que expresión de una realidad caótica y de la violencia que desata, resulta ser, en el fondo, una reflexión no solo sobre el poder, la corrupción, el dinero, sino (y sobre todo) sobre la vida, sobre la reconstrucción individual y la condición humana, sobre los bajos instintos que anidan en el fondo de su inconsciente -perfectamente ilustrados por Chacho y Guayo, dos de los soldados violadores cuyo sueño es retornar a la zona de Ayacucho para seguir cometiendo sus crímenes-, los efectos del miedo que niega la conciencia, dejando entreabierta no obstante la puerta de su despertar.

A pesar del drama que escenifica y de sus tremendas circunstancias, fruto de un “azar” que no vacilaré en llamar “metafísico”, se trata de un drama que fue ciertamente común y corriente en esos funestos tiempos de la “guerra sucia”. En esa época eran comunes los sangrientos enfrentamientos entre Sendero Luminoso y el Ejército donde perecieron tantas víctimas inocentes, o se salvaron milagrosamente de la muerte como Delia. Así, el relato parece responder a un prometeico esfuerzo, consciente o inconsciente del escritor, por encontrar la esperanza más allá de toda desesperanza, la belleza del alma más allá de la tragedia, y la creencia en la utopía que da forma al destino del ser humano. Vale decir un intento prometeico, al estilo de Camus, para defender la Vida contra la Muerte.

Este prometeico esfuerzo, lo encarna admirablemente el viaje en bicicleta de Enrique de Lima a Huanta para reunirse con Delia, con el que se cierra la novela. Tanto más cuanto que el uso de la bicicleta para una travesía de los Andes tan larga y tan difícil de realizar (cruzando sierras de altura, quebradas y valles profundos, en estos tiempos de sacralización del transporte automotriz terrestre o aéreo) aparece como un revelador anacronismo donde el pasado se proyecta en el futuro fundiendo historia y utopía.

«En grados diversos, víctimas y victimarios se ven condenados en la novela de Cueto a sufrir una violencia que los sobrepasa, como si de algún modo sus acciones se vieran determinadas por un destino impredecible e implacable. »



Figura 2. Portada *La Pasajera* de Alonso Cueto.

No en balde al final de la novela el escritor pone en boca de Enrique estas luminosas palabras: “He estado montando bicicleta toda mi vida. Y recién ahora –dijo apuntando hacia abajo-, recién ahora me doy cuenta de que era para hacer lo que voy a hacer ahora mismo. Recién ahora me doy cuenta” (Ibíd.: 127).

El relato se articula alrededor de una estructura sencilla, pero eficaz por la forma concisa y precisa en que se sostiene con un lenguaje directo, sin inútiles rebuscamientos verbales donde alternan diálogo y narración, llevando firmemente de la mano al lector, como preconizaba Quiroga, uno de los maestros reconocidos del relato corto, por el camino de la reflexión sobre la ambivalencia de la condición humana y de la relación entre víctima y victimario, sobre la reversibilidad del bien y del mal que se opera en el espacio sagrado de la creación literaria, y por los misteriosos e imprevisibles caminos de la redención.

1. *Un cuy entre alemanes*: la problemática identitaria en un mundo globalizado

Lo mismo que *La metamorfosis* de Franz Kafka, su antecedente más visible y directo, evocado además reiteradas veces en el transcurso de la narración, *Un cuy entre alemanes* de Walter Lingán, ofrece varias pistas de interpretación por la constante interferencia entre los

distintos planos, real, simbólico y fantástico alrededor de los cuales gira la narración, y terminan fundiéndose.

Yendo inclusive hasta inmiscuirse la vida real del escritor alemán en el propio relato ficticio de Lingán con Felice, la amada de carne y huesos del autor de *La metamorfosis*, convertida en la novela en una muñeca de porcelana y objeto de adoración, y el propio Franz Kafka, transformado, a imagen y semejanza del narrador, en “vulgar conejillo de las indias”.

Dicha interferencia abre desde el inicio del relato la pista de una interpretación simbólica que supera ampliamente el marco de la aventura individual y sus manifestaciones fantásticas.

La singular historia kafkiana de un viajante de comercio judío alemán, Gregorio Samsa, convertido en “monstruoso insecto”, se ve reinterpretada de algún modo en el marco de la problemática migratoria a través del relato autobiográfico de un peruano: Christian Linden. Linden, oriundo de las serranías de Cajamarca, exiliado voluntario en Alemania para estudiar medicina, tras haber vivido en las barriadas de Lima, y quien, en los momentos menos pensados, se va transformando parcial o totalmente en cuy, ese animalito sagrado de los Andes, sin perder nada, como su antecedente kafkiano, de su conciencia humana ni facultades intelectuales, antes de regresar a su forma física de hombre y terminar definitivamente hecho un cuy en el momento de la muerte.

Linden nace cuy en el Perú con la particularidad genética de los “siete dedos” que prolongan las extremidades de sus cuatro miembros y muere cuy en Alemania encerrado en su búnker al abrigo de las miradas inquisidoras de los demás.

Es altamente significativo que aquello que el personaje llama “su mal” tan solo se declare fuera del país, cuando se encuentra en un medio ajeno a su cultura.

Las primeras páginas marcan ya la pauta de una narración que se inserta en el marco de una visión globalizadora del mundo:

Asombrado entré en la galaxia del primer mundo. Un nuevo planeta se abría a mi paso. Por un momento llegué a pensar que el aeropuerto de Francfort del Meno era más grande que Lima. Cargaba sueños y esperanzas a raudales. (Lingán, 2015: 12)

En realidad lo que está tratando Walter Lingán en ese libro, calificado de “memorias”, “autobiografía”,



Figura 3. Walter Lingán.

narrado en primera persona, es la vieja dicotomía civilización / barbarie en el marco de la problemática identitaria individual y colectiva en un mundo globalizado.

El propio personaje lo confirma de alguna manera cuando confía:

Lejos quedan ya aquellos días cuando con todos mis sentidos experimenté el encuentro de los dos mundos, cuando de conquistado pasé a ser conquistador (Ibíd.: 97).

El cuy, símbolo del mundo andino, y más allá de él símbolo del Perú antiguo y de la América precolombina, es considerado en Alemania como un animal de compañía, una “mascota”. Esto no es sin recordar la compasiva apreciación del “buen salvaje” que marca la descripción de los indígenas americanos por los grandes viajeros europeos de los siglos XVIII y XIX.

Recordemos que la joven Sonya, una de las múltiples conquistas femeninas del narrador, se junta con Linden por el mismo motivo por el cual Elisabeth lo abandonó: la trasmutación en cuy, vale decir su exotismo.

En otro momento Linden insiste nuevamente en esa visión exótica y compasiva del “buen salvaje” americano que todavía sigue instrumentalizando la mente de los europeos:

Como te dije muchas veces, Michaela, en el Perú fui despreciado por cholo, serrano, indio, misio y, para colmo de los colmos, aprendiz de comunista o peón revolucionario. En cambio aquí, todas esas cualidades, o



defectos, dependiendo de cómo se los mire, me abrieron las puertas a poner mi piel de serrano o de indio sobre la piel blanca, aporcelanada, de rubias beldades (Ibíd.: 28).

El telón de fondo de las trasmutaciones es la historia política y social del Perú cuyas noticias llegan naturalmente a Alemania y mantienen al personaje en contacto con su identidad de cholo, a través de su militancia política en las filas de la izquierda peruana, afirmada con fuerza y convicción desde las primeras líneas del relato, a través de sus contactos con toda la mancha de migrantes izquierdistas y auto proclamados revolucionarios procedentes de otros países latinoamericanos en plena efervescencia guerrillera:

La espiral de la sangre estaba en todo su apogeo, pero en Lima nadie hacía caso. Se mataban cholos, indios, cuyes, que para muchos de mentalidad colonial no eran ni siquiera seres con alma, sino casi animalitos. Hombres-cuy o cuyes-hombre (Ibíd.: 74).

De algún modo *Un cuy entre alemanes* supera la visión del capitalismo triunfante de los siglos XIX y XX encarnado en el universo familiar cerrado de Kafka, para sumergirse en el universo globalizado abierto del neoliberalismo actual y su cuestionamiento:

A los alemanes les disgusta hablar de sueldos, del dinero que reciben por su trabajo o las ganancias en sus negocios, eso es como un secreto bancario, un tabú (Ibíd.: 109).

La ausencia del padre –entiéndase el padre simbólico español, el padre violador de la Conquista–, mencionado solo una vez en el libro como: “padre de veinte hijos con cuatro mujeres” (los cuatro *suyus* del *Tabuantinsuyu*) se puede interpretar sin duda como una voluntad de superar la identidad heredada de la Colonia, construyendo una nueva identidad, acorde con la situación de migrante, en el roce de culturas a partir de la identidad americana, encarnada en la madre (la Pacha Mama), matriz biológica, social, cultural y psicológica, a la que el personaje se refiere permanentemente en sus momentos de dudas e interrogaciones como aferrándose a las raíces de sus orígenes.

Esto nos explicaría también de algún modo el papel que desempeñan la mujer y el sexo en el libro y la ausencia, o casi ausencia de los hombres, fundidos en la masa de los alemanes, en la descripción de sus costumbres y modos de vivir.

Sembrando hijos aquí y allá, sin compromisos matrimoniales, a través de aquello que llama “el

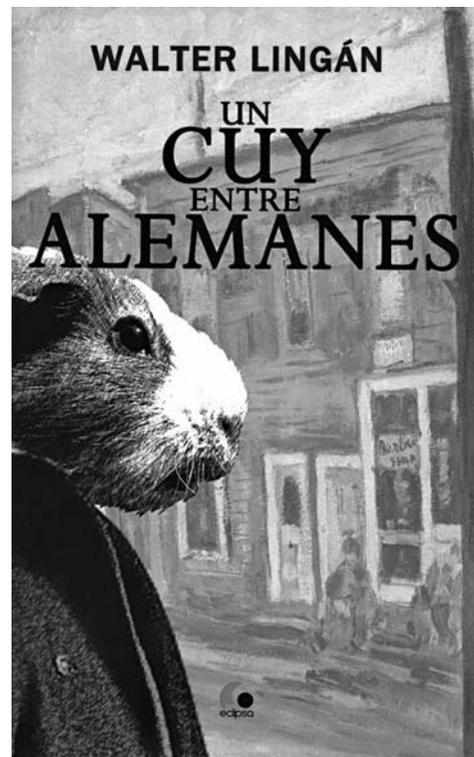


Figura 4. Portada *Un cuy entre alemanes* de Walter Lingán.

amor libre” (libertad suprema de Occidente) el hijo, finalmente, quiéralo o no, no hace sino reproducir la actitud del padre en el contexto de la construcción de una nueva identidad que se verá representada por la prole por la que, como su propio padre, no se preocupa mucho.

Otro de los elementos claves del libro en la forja de esa nueva identidad son las abrumadoras referencias a autores y obras que pertenecen, no solo a Perú, sino al patrimonio mundial de la humanidad.

La biblioteca de Linden que consta, según afirma, de 30.000 volúmenes es aún más importante que la de don Rigoberto, personaje de Vargas Llosa, otro abúlico de lectura quien cuando llega a los 4.000 volúmenes decide deshacerse de un volumen existente por cada nuevo que compre.

No es el caso de Linden, quien acumula y acumula, aunque en el momento de la muerte reconozca que no los ha leído todos.

Le decisión de Rigoberto es ciertamente la de un hombre perteneciente social y culturalmente a la clase superior: la aristocracia del saber y del poder, la actitud de Linden y su bulimia de lectura corresponde a lo que yo llamaría “el complejo del autodidacto” y a su voluntad de acceder a su vez al saber y al poder.



En deseo y voluntad de integración se sostienen en un estilo acumulativo, no ausente a veces de un humor acre y corrosivo, que marca absolutamente todos los estratos de la narración:

- Multiplicación de las aventuras sexuales que determinan “el método audio-sexual” del aprendizaje de la lengua que es el soporte de la cultura.
- Multiplicación de las transformaciones que determinan las obsesiones psicológicas, traducidas por la permanente interrogación:

“No sé si soy un cuy dentro de un hombre o si soy un hombre dentro de un cuy” (Ibíd.: 45)

Y sus distintas variantes: “Yo no sé si soy un cuy o un hombre. Más hombre que cuy o más cuy que hombre” (Ibíd.: 83)

“soy un hombre-cobayo” (Ibíd.: 83),

Sin duda la vida de un cuy es un placer, más aún cuando la ciencia no sabe explicar si soy un hombre dentro de un cuy o un cuy dentro de un hombre o se trata simplemente de una nueva desviación genética (Ibíd.: 144).

Pero el sueño final de Linden convertido en Supercuy (el Superman de las películas occidentales), en justiciero encabezando la rebeldía de los cuyes sus semejantes, vale decir en héroe mítico reencarnación actualizada de *Inkarri* en el mundo moderno, reanuda, al fin y al cabo, metafóricamente con una identidad a punto de ser negada, en la realidad:

Cuando los militares empezaban a retirarse orgullosos de su masacre, aparecí convertido en el Supercuy. Un soldado descargó sobre mí toda la munición contenida en su metralleta. Las balas rebotaron de mi cuerpo. El soldado sorprendido abrió la boca, e impotente dejó caer el arma. Con una mano lo levanté y lo estrellé contra uno de los tanques. Como un rayo de luz arrasé con toda la soldadesca y con los tanques, como si fueran juguetes, los

destruí. Los cuyes heridos, los sobrevivientes a la masacre humana, me lanzaron vivas y me reconocieron como su líder y defensor. (Ibíd.: 142-143)

En esta incesante e inacabable guerra de los runas con Occidente asistimos aquí, como diría el poeta del pueblo Leoncio Bueno, a la simbólica revancha de los olvidados, de los oprimidos y desclasados, de los marginales y disidentes, conquistando el septentrión.

Como en *La metamorfosis* de Franz Kafka donde el hombre, alegoría del capitalismo triunfante resulta al final más alienado que el “monstruoso insecto”, alegoría de la alienación proletaria, en *Un cuy entre alemanes* de Walter Lingán, el hombre, alegoría del neoliberalismo avasallador, resulta a su vez más alienado que el “cuy”, alegoría de una América subdesarrollada, pero que se resiste a morir.

* * * * *

Aparentemente muy alejadas una de otra por los temas tratados, la novela de Cueto y la de Lingán no son en realidad sino cara y cruz de una misma realidad signada por la violencia y la marginalidad en su doble dimensión individual y colectiva.

Bibliografía

Cueto, A. (2015). *La pasajera*. Lima: Editorial Planeta.

Forgues, R. (2011). “Alonso Cueto. Una épica de la conciencia”. En *Palabra Viva. Tomo 1: Hablan los narradores*. Segunda edición aumentada, pp. 471-481, Lima: Editorial San Marcos.

Lingán, W. (2015). *Un cuy entre alemanes*. España: Editorial Eclipsa.

Recibido el 29 de noviembre del 2017

Aceptado el 18 de diciembre del 2017